

CUANDO LA BOLSA BAJA, HAY QUE PONERLE FAJA

Ya lo decía la vieja canción de cana: «La Bolsa es una mujer, y por eso el sol de España, está

que bebe los vientos, por si la Bolsa le engaña». Siempre ha sido así. La Bolsa resultó pendona en su vejez. Por ir sin faja. Se ha marchado. Se ha marchado llevándose hasta las matildes puestas. Es lo que ocurre: a la vejez, no sólo viruelas, sino que las carnes ganan en movedido desparra-me lo que pierden en churruscante consistencia. Tal la Bolsa, queridos pequeñuelos. Viviendo en un mundo de locas inversiones, ha

resistido heterosexual. Y se ha largado hundiéndose en el abismo, mientras el sol de España llora en Fuengirola como hombre aquello que no ha sabido defender como cocodrilo del Amazonas.

Había cosas que todo Madrid las sabía, todo Madrid menos él: aquellos iridiscentes brazaletes de platino que ella decía que se había encontrado en un autoservicio; aquellas salidas hasta las cinco de la mañana pretextando que se había ampliado el capital y que no podía más. Y —sobre todo— ese repentino prescindir de sostenes con el futil pretexto de que se mueven mejor los brazos. Cuando toda sujeción habría sido poca: tal la faja imprescindible para que las ajamonadas y vibrátiles cachas bursátiles no fueran tracatracas escandalizando por ahí las visiones.

¿Y el verano? Noche tras noche marbellí de alhelí, se ha pasado la tía en el puerto Banús, por la mañana con tanga y a la noche pantalón sedoso que restallaba bajo la opresión interior de la nalgada (¿Dónde queda el viejo derecho de nalgada que explicitó nuestro Rey Sabio en Las Partidas? ¿Dónde la pata quebrada y en casa el jamón que con ella se elabora ahumado?).

Pero, en la madrugada... En la madrugada —cuentan— se iba a la cubierta del yate de un archiduque barresiano, y mordía en la yugular a los jovencitos, preparándose luego sangrientos tanga-nazos que paladeaba en la terraza de «Beni», envuelta su mollar figura desvaída en un capotón que el archiduque tenía usado como sudario en Verdun.

Si se le hubiera puesto en su momento una buena faja de ballenas, todo sería ahora de otro modo.

Pero ya no hay remedio, qué asquerosa. A estas horas estará

en Filipinas, eructando con aquellos eructos suyos tan característicos. Y tan eróticos. ■ RECOLLETOS.

LES SEPARABA UN GOYANES

ELLA era rubia, niña y trigueña. El era simplemente un Goyanes. Ella cantaba como un rayo de luz y él seguía siendo un Goyanes. De mayorcitos les casaron para que no siguieran jugando a papás y mamás debajo de las faldas de la mesa camilla. Ahora, ella era rubia, estaba en la segunda edad y pedía guerra. Los hijos no llegaban con su panecillo debajo del brazo, de modo que había que ir a por el pan a la panadería, lo cual era mucho gasto. Entonces decidieron separarse y comprar en distintas tahonas, hasta que ella se enamoró de un pobre que bailaba flamenco sin ser de la acera de enfrente, que ya tiene mérito, un pobre que tenía un restaurante pobre y un yate pobre. Pero un Goyanes les separaba. Y he aquí que entre tantas idas y venidas, del yate al restaurante, del restaurante al teatro, del teatro al yate, del yate al coro, del caño al yate, les nace un niño o una niña con el panecillo debajo del brazo (una fabiola concretamente) y, felices de no tener que hacer cola en la panadería, vuelven del yate al coro, del coro al caño, del teatro al restaurante y de la misa la media, porque no pisan. Y he aquí que el Goyanes que les

EPISTOLA ANTICENSORIA

YO amo a los censores. Ya se que en esto hay sus más y sus menos, sus dimes y diretes, pero yo digo que cuanto soy —y ahí están mis amigos que lo pueden decir— se lo debo a la censura de prensa. Se bien que su capacidad de juicio no está fundamentada en meditaciones demasiado profundas, y que su metafísica, hasta cierto punto, es levemente arcaica. Esto no importa. Han sido los censores de prensa, desde que empecé a escribir, quienes me han incitado al «proceso». Con más o menos conciencia de ello en cada caso, esos hombres fueron los que me impulsaron a establecer comparaciones fundamentales entre las palabras y a adiestrarme en el arte sutil de las enroscaduras sintácticas. Gracias a ellos puedo distinguir los sonidos más diversos a kilómetros y kilómetros de distancia. Puedo decir también que yo, acaso por mis deficiencias, o tal vez porque soy de provincias, comencé a hablar con verbos irregulares mucho antes de ir a la escuela. De haber seguido así jamás hubiera podido ser periodista en las circunstancias dadas. Ellos me enseñaron a regularizar no sólo los verbos, sino todo. La acumulada precisión y meticulosidad en el detalle, el desmenuzamiento deliberado y ligeramente estúpido de la estructura lógica del pensamiento, el descriptivismo de mis ideas personales logrando un paralelismo sincrónico, de carácter fonético y gráfico, con las ideas de los grandes editoriales, la metáfora aquilina, la sinécdoque barbilampiña, todas las figuras de dicción, en fin, esta gramática de la que disfruto y que admira a propios y a extraños, a los censores de prensa se la debo. Me hicieron platoniano y cartesiano, de izquierdas y de derechas, de Frascuelo y Lagartijo, del pasado y del futuro, de las aguas y de los cauces, de dentro del orden y de más dentro del orden todavía, de la sartén y del fuego, de la apertura y de la acupuntura, del mono evolucionado y del mono sin evolucionar. Mi lingüística es transformacional, es un fenómeno morfológico sin comparación posible en las lenguas romances, y aun en los romances sin lengua, como aquel que dice «Abenamar, Abenamar», o aquel otro que reza, «Fontefrida, fontefrida», o el de más allá que se lamenta «Ya me comen, ya me comen»... En fin: los censores de prensa han labrado mi estilo, han repujado mi prosodia, han sutilizado mis explicaciones. Bien es cierto que con ese estilo maravilloso no puedo decir lo que pienso. Pero como estilista no tengo precio. ■

LICANTROPO





separaba, se casa entonces con la Lapique, porque también él quiere salir en el «Hola» y no se le ocurre otra cosa. Ya les habían dado el divorcio, tanto ponerse pesado el padre Aradillas, y entonces la pareja (el rayo de luz y el pobre, no los Lapique) deciden seguir teniendo niños y panecillos y quién sabe si el día de mañana, cuando ella deje de ser un rayo de luz y él deje de ser pobre, ponen una panadería y tan ricamente. ■

SILVA DE VARIA LECCION

Gerardo se ha vuelto rojo. A la vez, claveles. Sigue publicando en ABC, aprovechándose de la ausencia de monseñor Escrivá, pero Carandell debe denunciar el caso. Pedro Rodríguez dice que han puesto pilas de agua bendita en ABC. Mentira. Yo he estado y no. Lo que han puesto es un Vía Crucis de Revello de Toro donde los sayones tienen cara del Frente de Juventudes. Eso es lo que le duele a Pedro. Menos mal que doña Pilar Franco lo ha dicho más claro: «En política nunca se puede estar seguro de nada». Pues llevamos cuarenta años con el seguro —incluso el de Enfermedad, doña Pilar—, y si no recuerde los 25 Años de Seguridad que organizó Fraga antes de hacerse arriano.

Fraga, por cierto, no vuelve hasta noviembre, porque octubre lo va a dedicar a despedirse de Londres. Yo creo que va a dar la mano a los londinenses uno por uno. Qué fina se hace la otra España en el exilio, aunque sea diplomático. Es como Madariaga, que hasta usa capa española. O Sánchez-Albornoz, que, recién salido del archivo de don Claudio, se pone el camisón de dormir para escribir cinco tomos de una sentada contra Américo Castro, y una carta air mail contra Laín Entralgo. Lo mismo pasaba con

Blanco White, que se llamaba Blanco en español y en inglés. No hay como el exilio para volverse fino y usar la pala de pescado. Como han subido tanto los estacionamientos en Madrid, la gente se va a estacionar a Suiza. A estacionar dinero, claro. O a Londres, para saludar a Fraga y hacerse de Fedisa.

—¿Es aquí donde se apunta uno a Fedisa, don Manuel?

—Pregunte a Pio Cabanillas. Lo encontrará en los restaurantes de la Costa Fleming, en Madrid. Es uno con barretina.

Bien está «Malizia» con la jarretiera, jarretera o liguero de la Antonelli, pero a León Felipe que me lo quiten de la vista o no respondo de mí. Ni de don Espasa Calpe. ■ MARCEL.

NOCTAMBULARIO PERSONAL

LUNES.—La vida está llena de misterios. Los doctores no acaban de dar con la curiosa enfermedad de ROCIO JURADO. Mientras, las malas lenguas, las viperinas, las de siempre, aprovechan para largar lo suyo. Hay quien dice, incluso, que la Jurado ya es muy mayor y que debía retirarse; y hay quien añade que ya lo habría hecho hace tiempo si no fuera por su familia, que es quien la pincha para que siga en el epicentro del folklore nacional. Lo cierto es que Rocio piensa que todavía no ha llegado el momento de abandonar su carrera: «¡Qué iban a hacer mis admiradores sin mí!», dice. Un caso típico.

MARTES.—No hay derecho a lo que están haciendo con el pobre JOSE LUIS BORAU. El hombre estrena su película tan ricamente, encima gana la CONCHA DE ORO en el festival de SAN SEBASTIAN, y ahora le vienen con amenazas. Los de la extrema derecha le di-

APOLOGIA DE LA RAZON

A veces tengo la agradable sospecha de que a Encarna la gustan los maduritos. Digamos, francamente, los viejos. Paseo con ella en un atardecer acaramelado y rosa por la calle de la Princesa. Paseo tristemente porque la juventud dorada es demasiada competencia para mí. Pero me sobresalto de esperanza cuando la oigo decir:

—Este Pemán, desde luego, es un tío... ¿No le parece a usted, Don Sixto?

Pemán, sepanlo, tiene ochenta años. ¿Será que Encarna va entrando en razón?

—Lo digo por su artículo de «ABC»...

Yo también lo había leído. Tal era mi feroz estado de depresión aquel día —¡un día entre los días!— que no se me ocurrió otra cosa que leer «ABC», aunque casi no pasé del artículo de Pemán en el que pedía clemencia para los condenados a muerte. Y razonaba. Razonaba, Dios mío, en una era como la nuestra...

Frente a Pemán siempre he tenido una respuesta ambigua. Por muchos motivos me consta que es un liberal, y por otros me consta que es de esos liberales que se han predispuesto a dejar de serlo en determinadas circunstancias históricas.

Pemán tenía esa mañana una triste, serena, ejemplar lucidez. Me consta que no es la primera vez que pide clemencia, y que ni siquiera esta ha sido la circunstancia más dramática. Pemán ya ejerció buenos oficios en años tan complicados para los buenos oficios como 1939, 1940, 1941, y el largo etcétera de una época histórica que algunos tuvimos que vivir de otra manera. Pemán es uno de esos ciudadanos que podría haber relajado el país.

Es un hermoso artículo el de Pemán. Viejo. Bastante cansado. Pero litigante desde una forma antigua y eterna de conciencia. Convencido en su fondo relativista liberal de que el hombre, más que un portador de valores eternos, es un ser portador de valores convencionales: conservando su vida, no hacemos otra cosa que conservar la convención del valor humano.

No conservarla sería algo así como matar la gallina de los huevos de oro, porque en la creencia de nuestra dignidad radica la razón de nuestra capacidad de convivir. Es una creencia cultural que puede desaparecer como el miriñaque o el beso en la mano, y si alguna vez desaparece la creencia en el valor supremo de la vida, sólo nos quedará la muerte como razón de ser o no ser. Pemán podía haber pasado lucrativas facturas históricas y ha preferido vivir de su trabajo. Letra a letra. Como dan sus puntos las costureras. Letra a letra ha compuesto una hermosa apología de la razón. Que ha volado al aire de otoño, al aire fresco de este atardecer que tapiza la calle de la Princesa de una suave hojarasca dorada...

Medito, y me interrumpe la exclamación de Encarna:

—¡Jo, que tío!

Un jovenzuelo, sí, un simple jovenzuelo. Ni tío, ni jo, ni nada... Ha pasado el mozalbete, y ya Encarna ha cambiado su mirada. Pienso si él habrá anidado de alguna manera la apología de la razón. ■

SIXTO CAMARA